

## CAPITULO VII

### REGRESO DE CALVINO Á GINEBRA

La tranquilidad, que le diera su matrimonio, y la fama, que le dieran sus obras, aconsejaban de consuno al reformador ginebrino abstenerse de pensar en el regreso á una poblacion levantisca, donde tantas amarguras devorara y tantos peligros corriera. A mayor abundamiento, habiéndose por aquellos dias reunido en Alsacia una especie de concilio protestante, Calvino lució de tal suerte sus altas cualidades, su elocuentísima palabra, su celo evangélico, su espíritu religioso, que todos, á porfía, de un lado y otro del Rhin, le celebraban y atendian. Por consiguiente, nada mas léjos de su ánimo que tomar la cruz y encaminarse á Ginebra para ser allí de nuevo crucificado. Y sin embargo, Ginebra no tuvo, desde que expulsó á Calvino, instante de reposo. El hado adverso ensañábase con crueldad en ella, y la ponía de continuo á dos dedos del abismo. Por aquel otoño de 1540, su situacion se habia empeorado, afligiendo á todos sus ciudadanos. Una dificultad extrema con Berna, traíaale peligros y perturbaciones sin cuento. Deudora de su libertad á la República del centro de Suiza, que supo auxiliarla y redimirla en sus combates con los poderosísimos duques de Saboya, pactó Ginebra tratos y contratos, testimonio de su agradecimiento entonces y causa del disgusto historiado ahora.

Difícil comprender el organismo político de la Edad media por la sobreposicion de autoridades y jurisdicciones varias en el mismo pueblo y territorio. Para pagar su auxilio á los berneses, entrególes Ginebra seis ó siete aldeas del priorato de San Víctor, concediéndoles allí privilegios idén-

ticos á los antiguos por Saboya gozados. Mas como quiera que tal tratado careciese de la necesaria claridad y engéndrase multitud de reclamaciones y de litigios, convinieron una y otra ciudad en revisarlo y corregirlo, tanto mas cuanto que, á cada paso, ejercia Berna facultades que le disputaba y le contradecía Ginebra. Tres resueltos adversarios de Calvino salieron para la ciudad central, y de los tres era el mas importante Lullin, porque tambien era el mas encarnizado. Pues los tres, y especialmente el que acabamos de nombrar, cometieron error político bien grave, causa primera de su desgracia propia y de la reinstalacion del reformador en sus antiguos cargos. El error consistió, tristes víctimas de la propia torpeza y ridículos juguetes de la habilidad agena, en firmar un tratado con los berneses, en el cual reconocian y proclamaban la preminente autoridad de estos sobre los territorios y los pueblos en litigio. Vueltos á la ciudad natal, aseguraron los embajadores que todo estaba convenido con justicia y arreglado á satisfaccion; pero se guardaron bien, de presentar lo convenido y arreglado. Nada mas natural que la extrañeza producida en Ginebra por este proceder extrañísimo. Embajadores enviados á tratar del imperio de su patria sobre una parte del propio territorio, no solamente volvian sin el tratado escrito, pero tambien sin palabra ninguna sobre las concordias y sus naturales acuerdos.

En una poblacion, desconfiada de suyo, imposible mantener mucho tiempo aquel diplomático silencio. Gautie y Rozet cuentan cada cual en su Historia y Crónica respectiva de la ciudad de Ginebra, citadas por Merle d'Anbigné en el tomo sexto de su obra sobre la Reforma en tiempo de Calvino, una curiosísima anécdota. Como quiera que los tres embajadores, hablasen á la continúa de los veintiun artículos de su tratado sin especificarlos, llamábanles, allá en el lenguaje del vulgo, articulantes. Y por una corruptela de la pronunciacion ginebrina, la palabra «articulante» se confundia mucho al oido, con la palabra *artichaut* que quiere decir alcachofa. Y desde entonces, los enemigos del reformador se conocieron en Ginebra bajo el apodo de los alcachofos. No trascurrieron dos meses despues del tratado, sin que se descubriera todo el triste secreto de sus cláusulas. Uno de los castellanos berneses, que tenian posesiones en los feudos de San Víctor, el castellano de Thiez, dió tormento á uno de los campesinos de aquel territorio. Saberlo el Consejo de



Ginebra y reclamar, obra fué de un momento. Reclamar el Consejo de Ginebra y traer á cuento el castellano de Thiez la concordia firmada por los embajadores ginebrinos, revelacion fué del horrible tratado, en que acababan de inmolarse las facultades y preminencias del pueblo. Deseosos los consejeros de hallarse al cabo de la misma concordia, que debian cumplir y observar, completamente desconocida, enviaron uno de los tres firmantes en su busca, y la trajo, pero escrita en aleman. La ignorancia de tal idioma en Ginebra era entonces tanta, que remitieron de nuevo el pacto á Berna, para que lo vertiera inmediatamente al francés y enviara esta version literal. Envióla en efecto; y los consejeros no podian dar crédito á sus propios ojos, pues no se imaginaban que tuvieran conciudadanos capaces de conceder y enagenar al extranjero las tradicionales prerogativas de su propia patria. Excusáronse los embajadores con que aquel texto no correspondia de ningun modo al texto por ellos firmado y hubo necesidad de recurrir nuevamente al gobierno de Berna.

En el ánimo de los ginebrinos estaba no cumplir las cláusulas deshonorosas, enviando para procurar su revocacion á quien las consintiera y firmara, á Lullin, uno de los tres embajadores, y el único en verdad que, por su conocimiento del idioma germánico, no podía engañarse á sabiendas. El responsable no quiso responder de su obra; ni en Berna, por ende, personarse. Cinco enviados salieron de una ciudad para otra y llevaron expreso encargo de mostrar la imposibilidad absoluta de cumplimiento en tan leonino pacto. La primera de las razones, que daban en abono de tal resolucion, provenia del engaño urdido á gentes, las cuales desconocian el texto literal de los cánones que firmaban. Ninguna de tales razones, tristísimas excusas en su sentir, movió la voluntad de los berneses á revocar pacto concluido, sancionado, y para ellos irrevocable. Su respuesta se redujo á citar la ciudad reacia delante del tribunal encargado de conocer y concordar las discordias entre las grandes poblaciones. Contaban todos á una en Berna que Lullin leyó el tratado original en su texto germánico, sin traducirlo, ni de palabra ni por escrito, á los colegas. Por consiguiente Berna entera declinaba la responsabilidad del entuerto sobre la malicia ó la torpeza del embajador de Ginebra.

Los privilegios contestados se practicaban mientras tanto por la ciudad,

que creia poseerlos, con una insistente ostentacion, rayana en provocativo desafío. Condenados á muerte dos reos de la jurisdiccion de San Víctor, y en público patíbulo decapitados, sin tener para nada en cuenta ni la jurisdiccion ni la soberanía de los ginebrinos, recibieron estos una intimacion para que pagasen la triste soldada del verdugo. En los pueblos libres se arremolinan y se encrespan fácilmente las populares pasiones. Así, la opinion pública, por vientos contrarios agitada, separábase poco á poco del lado de los enemigos, y poco á poco se unia con los amigos del reformador. Las murmuraciones de las muchedumbres contra los gobernantes bramaban con bramido de tempestad, parejo con aquel vibrante y temeroso que se oia en los postreros tiempos del predominio calvinista. La palabra traicion, pasando de labio en labio, encendia los ánimos y relampagueaba en los ojos. Por un movimiento natural convenian todos en que la falta de creencias explicaba la sobra de crímenes; y el estado triste y decadente de la huérfana República. Hubo quien gritó que el poder ejecutivo maquinaba entregar la independencia del pueblo á la codicia del Consejo bernés. Reunidos los Doscientos al calor de aquellas exaltadas pasiones, declararon que no cumplirian el convenio por creerlo atentatorio á sus libertades, franquicias y costumbres.

Berna, inmediatamente que supo la resolucion de Ginebra, emplazóla, como de antemano le dijera, en presencia de un tribunal compuesto por cuatro jueces, dos de cada ciudad litigante, en la Sede judicial de Losana. Mientras parecia de grado concurrir al emplazamiento, diputaba de nuevo Ginebra embajadores, para decir á Berna con ira cómo el pueblo ginebrino consentiria en quemar su ciudad antes que en deshonrarla. Los firmantes del articulado maldito son presos; y la notificacion de tal medida hecha inmediatamente á los señores de Berna. Pero la resistencia recrudescia el tenaz empeño de estos y aumentaba la fuerza de su imperioso albedrío. Y en tal estado, dióse en Losana la sentencia, condenando imperiosamente á los ginebrinos al cumplimiento del tratado y al pago de todas las costas provinientes de su ciega resistencia. Lo mas grave del caso estaba en que no habiendo acudido los jueces ginebrinos, dictaban sentencia los demás, como si aquellos estuvieran presentes, absorbiendo en sí toda jurisdiccion y toda soberanía.



La irritacion de Ginebra llegó á extremos que recordaban sus combates con la feroz monarquía saboyana. Los ciudadanos, prontos á requerir sus armas, se dan la mano unos á otros al encontrarse en las calles, como señal de belicosa y fuerte alianza. Las puertas de las prisiones se abren y salen los embajadores engañados. Grandes procesiones cívicas recorren los espacios de la ciudad exaltada y furiosa. Los tambores del Ayuntamiento citan á públicas asambleas y las campanas de las iglesias á públicas oraciones. Al brotar el odio, parecia de una sola voluntad Ginebra; pero en cuanto el odio se desahogaba en clamores sin resultado alguno contra Berna, volvíase instintivamente á buscar los causantes del terrible desaguisado y pedia nada menos que sus cabezas. «Enviadlos, gritaban, trucidados á Berna.» En torno de tales asambleas, donde todas estas cuestiones se debatian, bramaba encendido de cólera el pueblo y pedia una satisfaccion á sus agravios con el castigo de los culpados, sobre todo, de los embajadores falaces. Estos, sacados al comienzo de la horrible agitacion del seno de sus calabozos, tuvieron que salir á uña de caballo, temiendo, no la prision, la horca. Sabida esta fuga, redobláronse cóleras y vociferaciones, pidiendo los pueblos que se pusieran sellos de confiscacion á las casas de los fugitivos. La ira, ya que no pudo en los embajadores desahogarse, condensóse con furia sobre la cabeza de los gobernantes expulsores de Calvino. La pena capital se promulgó contra los embajadores y se alcanzó la deposicion de los consejeros.

El partido llamado de los alcachofos, despues de privar á Ginebra del amparo de sus grandes reformadores, sumíala en espantosas angustias. Como todos los partidos violentos, indóciles al yugo de la moral y desconocedores del imperio de las ideas, los anti-calvinistas, mas bien que partido, parecian partida, segun fiaban sus triunfos y medras á los ciegos empeños de la fuerza. Faccion de tal índole necesitaba un jefe violento tambien, porque su gobierno propio no parecia tranquila y legal autoridad, sino violenta y empeñada guerra. Por consecuencia, su jefe debia ser un general, fácil á la cólera, ignorante del derecho, dispendiador con los suyos, inclinado á las violencias, idóneo para los combates, arriesgado y aun temerario en las empresas, movable á las sugerencias ajenas, ciego por sus partidarios, con la ligereza que se aquista el militar en sus aventuras continuas y las salidas

propias de los campamentos y de los combates. Para una clara y abierta guerra, ningun temperamento mas propio que su temperamento; y para una porfía con opiniones y con ideas, ninguno mas impropio. La desgracia de su partido le amargaba la vida y le sobreexcitaba la cólera. Mas no tenia medio de hallar desahogo, puesto que su espada no podia hender pasiones ni herir ideas. En su irritacion demandaba con temeridad á todo el mundo combates, que los cielos se oscureciesen, que las nubes tronasen, que saltaran las montañas como piedras lanzadas de un volcan, que llovieran lluvias de rayos los aires, que subieran á la superficie del planeta las llamas del infierno.

No habian sus pasiones de necesitar tantos auxiliares para producir pavorosas catástrofes. El pueblo estaba compacto en sus odios y el partido anti-calvinista fraccionado y roto en el ocaso de su victoria. La division rompía sus filas, no bien seguras de los medios indispensables á mantener la unidad, que da tanta fuerza y vigor á las parcialidades políticas. Querian unos el combate á muerte y querian otros la moderacion y la prudencia. En este cúmulo de contrariedades, salió un dia á paseo con sus amigos y camaradas el general Juan Felipe, á quien ya hemios descrito, jefe del partido imperante, y recorrió las calles como pudiera una faccion rebelde y en armas, con aire amenazador y provocante. Los provocados no huyeron, antes al contrario, en algun que otro punto les llamaron á gritos alcachofos. Semejante nombre, que siempre les vejaba, les irritó en aquella ocasion crítica. Reuniéronse los zaheridos en las posadas de peor nota, y despues de las comilonas y de los tragos, salieron tales que Juan Felipe, alabarda en mano é insulto en labio, iba maltratando é hiriendo á cuantos encontraba sin distinguir amigos y adversarios. Naturalmente, no hay que decir las consecuencias de tan graves atentados en todas partes y mas todavía en pueblos tan tormentosos cual Ginebra. El tumulto iba creciendo, al compás que Felipe iba marchando en su vertiginosa carrera de demencias. A sus golpes, sucedieron por fuerza, heridas graves, pistoletazos múltiples, puñaladas y algun muerto. Tamaño desafío produjo lo que no podia menos de producir en ciudad acostumbrada de antiguo á estos encrespamientos, una guerra civil en las calles, aparejadas para esta clase de combates.

Reunióse á seguida el consejo de los Doscientos, que mandó guardar las